

024. ¡Quiero vivir!

Unos versos cargados de fe de un poeta castellano, —y, dicho sea de paso, muy buen educador, amante de su escuela y de la naturaleza, pero, más que nada, un católico muy ferviente—, comienzan con estas palabras:

- *Quiero vivir, y a Dios voy* (Gabriel y Galán)

Este anhelo del poeta, expresado con tanta nitidez, va a ser hoy el hilo conductor de nuestro mensaje.

Nadie quiere morir. Esto es evidente. El apego a la vida nos atenaza de modo irresistible. El grito de aquel general legionario que gritó en plena guerra: *¡Viva la muerte!*, es el *¡viva!* más absurdo que se ha lanzado en la tierra, aunque con él se quisiera expresar la actitud valiente y gloriosa del soldado que sabe dar la vida por la patria... Nosotros, como cualquier persona sensata, gritamos todo lo contrario, y decimos con vigor: *¡Nunca la muerte, siempre la vida!*

Al lanzar hoy nosotros el grito de *¡Quiero vivir!*, ¿a qué vida nos referimos? Queremos expresar con ello la vida del hombre **entero**.

A esa vida de la cual se ha dicho acertadamente que, mirada en cristiano, tiene estos tres elementos: *cuerpo - alma - y Gracia santificante*.

Miramos la vida tal como la hemos recibido de Dios.

Y es precisamente esa vida en la cual Dios ha de estar metido del todo, porque, si falta en ella Dios, la vida se convierte sin más en muerte irremediable.

Una vida, ante todo, **física**. La del cuerpo. La de ese cuerpo que tanto amamos, y tanto mimamos, y que nos preocupa tanto. Queremos meter en ella a Dios porque, de lo contrario, surgen millones de asesinos de su propio cuerpo. El que respeta a Dios, respeta su propio cuerpo.

Sin Dios a quien obedecer, el alcohólico deshace su cuerpo hasta matarlo de una cirrosis.

Sin Dios que le detenga, el drogadicto se aliena y debilita de tal manera que camina hacia una muerte prematura.

Sin Dios que le frene, el obsesivo y abusivo sexual derrumba su cuerpo con la enfermedad que sea...

Y junto a esos suicidas, si Dios queda excluido de la sociedad, se multiplicarán los asesinos que matan a los pobres que no tienen nada, cuando los dejan morir de hambre, porque no les dan ni las migajas que caen de una mesa abundante...

Por el contrario, metido Dios en el cuidado del cuerpo, desaparecen todos los suicidios y todos los asesinatos, porque se cumplirá ese mandato encerrado en dos palabras escuetas: *No matarás...*

Mirando todo mucho más positivamente, quien sabe que su cuerpo es un santuario del Espíritu Santo, sabe que lleva dentro la vida inmortal de Dios, porque ese Espíritu Divino resucitará un día nuestro cuerpo mortal, para hacerlo socio inseparable del alma inmortal.

Está después la vida **intelectual**. Si se quita a Dios de la sociedad, serán muchos los que matarán a Dios en su mente. Perderán hasta la noción del mismo Dios. La escuela laica; la ignorancia del Catecismo; la presentación de un Cristo falsificado por sectas que son

imperios financieros..., todo eso hace que se pierda la fe en un Dios personal y en su enviado, Jesucristo.

Nosotros los creyentes tenemos a mano el remedio mejor a males como éste. ¿Dónde está el remedio mágico?... Está únicamente en meter a Dios dentro de la mente con más Catecismo, con más educación cristiana del niño y del adolescente, con más escuchar todos la Palabra de Dios...

Si el hombre moderno ha perdido la noción de pecado y de un Juez supremo, ese mal terrible se remedia metiendo bien clara en nuestras mentes la idea del Dios que es la Verdad. El entendimiento tiene su vida propia como tiene vida propia el cuerpo.

La vida del entendimiento es la Verdad, esa verdad que Dios nos ha revelado en Jesucristo, que nos dijo: *¡Yo soy la Verdad!*

Esto nos traerá un bien seguro, como es la vida **espiritual**, o sea, la vida del Espíritu de Dios que moverá toda nuestra existencia, la del Dios vivo y viviente que llena todo nuestro ser. La de Jesucristo, que dijo de Sí mismo: *Yo soy la vida*.

Cuando el rezar, el confesarse, el participar en la Eucaristía, con la comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, se tornan prácticas habituales del hombre cristiano, éste no se debilita nunca ni muere nunca para Dios.

Porque todo eso nos lleva finalmente a la vida **eterna**. Nuestro fin trasciende y va más allá de este mundo. Venimos a la vida marcados con un destino eterno, y Dios llevará adelante su proyecto.

Nuestra vida recta, seria, honesta, acabará un día en sus alegrías y en sus pesares. Pero habrá sido el precio de aquella que esperamos, y que no acabará nunca en la presencia de Dios.

Suponemos ahora que Dios, el que es la vida de nuestra vida, se nos aparece y nos pregunta a cada uno, antes de poner su regalo en nuestras manos:

- *¿Quieres vivir?*,

Nadie duda un instante de que nosotros le contestaremos a la primera, y entusiasmados:

- *¡Pues, claro que sí! Ya lo he dicho con el poeta: Quiero vivir, y a Dios voy.*

Al responderle de esta manera, Dios se nos quedará mirando, y nos dirá sonriendo a cada uno:

- *Entonces, ¡ven, ven a mí!...*